

—Ha muerto, respondió una hampona.

Andrés el Rojo reía con la risa de los idiotas.

—¡Nuestra Señora proporciona ocupación al hospital! decía.

—¿Conque no hay medio de forzar esa puerta? exclamó el rey de Tunia, dando una fuerte patada.

Mostróle con tristeza el duque de Egipto los dos arroyos de plomo hirviente, que no cesaban de rayar la negra fachada.

—Iglesias ha habido que se defendían así ellas solas, observó suspirando. Santa Sofía de Constantinopla (cuarenta años hace que esto sucedió) tiró tres veces al suelo la media luna de Mahoma, sacudiendo sus cúpulas, esto es, sus cabezas. Guillermo de Paris, que construyó esta Catedral, era un mágico.

—¿Conque nos hemos de ir con el rabo entre piernas, como una pandilla de lacayos? dijo Clopin; ¡hemos de dejar ahí a nuestra hermana, para que esos lobos encapuchados la ahorquen mañana!

—¡Abandonar la sacristía, donde hay carretadas de oro! respondió un hampon, cuyo nombre ignoramos.

—Rayos y truenos! exclamó Clopin.

—Hagamos otra tentativa, repuso el hampon.

Matías Hungadi volvió á menear la cabeza.

—No hay que pensar en entrar por la puerta, dijo; busquémosle el flaco á la armadura de la vieja hechicera; un agujero, una falsa poterna, una juntura cualquiera.

—Quién me sigue? exclamó Clopin. Yo vuelvo á la carga. A propósito: ¿dónde está el estudiante que iba tan cargado de hierro?

—Sin duda ha muerto, respondió un hampon, cuando no se le oye reír.

El rey de Tunia frunció las cejas.

—Tanto peor, dijo; debajo de aquella armadura latía un corazón de hombre. Y Pedro Gringoire?

—Capitan Clopin, contestó Andrés el Rojo, se escapó en cuanto llegamos al puente del Cambio.

Clopin dió una patada.

—Rayos y truenos! ¡nos mete en esta zambra y luego nos deja plantados en la mitad de la fiesta! ¡Cobarde charlatan!...

—Capitan Clopin, dijo Andrés el Rojo, que dirigía la vista hácia la calle del Atrio; aquí viene el estudiante.

—Loado sea Pluton! exclamó Clopin; qué diablos trae arrastrando?

Acudía Juan del Molino, corriendo con la velocidad que le permitían sus pesados arreos de paladin, con una larga escalera de mano, que arrastraba con impavidez y más sofocado que una hormiga cargada con una espiga veinte veces más larga que ella.

—Victoria! *Te-Deum!* gritaba el estudiante. Aquí está la escalera de los descargadores del puerto de Saint-Landry.

—¿Pero qué quieres hacer de esa escalera? le preguntó Clopin, que se acercó á él.

—Ya la tengo, respondió Juan respirando apenas. Yo sabía dónde estaba. Bajo el cobertizo de la casa del teniente. Hay allí una moza que conozco y para la que soy tan hermoso como un Cupido. Me aproveché de esto para coger la escalera y aquí la tengo. La pobre chica salió á abrirme en camisa.

—Bien; pero para qué la quieres?

Juan miró á Clopin con aire penetrante y maligno, é hizo resonar los dedos como castañuelas. En aquel momento estaba sublime. Llevaba á la cabeza uno de esos cascos recargados del siglo quince, que espantaban al enemigo con sus fantásticas cimeras.

—¿Qué quiero hacer con ella, augusto rey de Tunia? ¿Veis aquella fila de estatuas que tienen cara de imbéciles, situada encima de los tres portones?

—Sí; y qué?

—Pues aquella es la galería de los reyes de Francia.

—Y eso qué me importa?

—Tened paciencia; al fin de dicha galería hay una puerta que nunca se cierra más que con picaporte; con esta escalera subo y entro en la iglesia.

—Hijo, déjame subir el primero.

—Eso no, camarada; la escalera es mía. Venid y sereis el segundo.

—Llévete Belcebú! dijo el testarudo Clopin; yo no quiero ir detrás de nadie.

—Entonces, Clopin, búscate otra escalera.

Juan echó á correr por la plaza arrastrando la escalera y gritando:

—Aquí, muchachos, aquí!

Instantáneamente apoyaron la escalera en la balaustrada de la galería inferior, encima de una de las puertas laterales; la caterva de los sitiadores, moviendo gran algazara, se apoyó á sus piés para trepar por ella; pero Juan sostuvo su mejor derecho y fué el primero que pisó los escalones. La travesía era

larga; la galería de los reyes de Francia, distante hoy unos sesenta piés del nivel del suelo, tenía entonces además la altura de las once gradas de la escalinata. Subía Juan con lentitud, pues le embarazaba la pesada armadura, agarrándose con una mano á los escalones y sosteniendo con la otra la ballesta. Al llegar á la mitad de la escalera tendió la mirada melancólica sobre los hampones muertos que cubrían las gradas, y dijo:—¡Hé aquí un monton de cadáveres digno del quinto canto de la Iliada!— Despues continuó subiendo, seguido de muchos sitiadores, de los que había uno en cada escalon. Aquella línea de espaldas cubiertas de corazas, que en la oscuridad subía ondulando, parecía una serpiente de escamas aceradas que se empinaba sobre la iglesia; Juan, que iba silbando, formaba la cabeza para acabar de completar la ilusión.

El estudiante llegó por fin al balcon de la galería, y saltó por encima de él en medio de los aplausos de los hampones; dueño ya de la ciudadela, lanzó un grito de alegría, pero de repente se quedó petrificado. Acababa de ver detrás de la estatua de uno de los reyes á Quasimodo en las tinieblas y echando llamas por su ojo único.

Antes que el segundo sitiador pusiese los piés en la galería, saltó el formidable jorobado á la cabeza de la escalera, cogió silenciosamente el extremo de los dos ejes con sus robustas manos, la levantó, la separó de la pared, meneó un momento, entre amargos clamores de agonía, la larga y flexible escalera, atestada de hampones de arriba á bajo, y luego, de pronto, con fuerza sobrehumana, precipitó aquel racimo de hombres en la plaza. Hubo un instante en que los más temerarios se estremecieron. La escalera, lanzada hácia atrás, quedó un momento derecha y en pié, como vacilando; despues, describiendo repentinamente un espantoso arco de círculo de ochenta piés de radio, cayó sobre el empedrado con su carga de bandidos, con la rapidez de un puente levadizo cuyas cadenas se rompen. Oyóse inmensa imprecación; despues todo quedó en silencio, y algunos infelices mutilados se retiraron arrastrándose por debajo de un monton de cadáveres.

Ayes de dolor y gritos de cólera sucedieron á las exclamaciones de triunfo de los sitiadores. Quasimodo, impassible, tenía apoyados los codos sobre la baranda y los miraba; parecía un rey anti-

guo y cabelludo asomado á la ventana. Juan Frollo se encontraba en crítica situación. Veíase solo en la galería con el terrible campanero y separado de sus compañeros por un muro vertical de ochenta piés. Mientras Quasimodo estaba manejando la escala, el estudiante corrió hácia la poterna, que creía abierta, pero no lo estaba; el sordo, al entrar en la galería, la había cerrado. Al ver esto, Juan se escondió detrás de un rey de piedra, sin atreverse á respirar, fijando en el monstruoso jorobado sus espantados ojos.

En los primeros momentos el campanero no se fijó en él; pero al fin volvió la cabeza é hizo un ademán de furor; acababa de ver al estudiante. Preparóse Juan á un ataque terrible, pero el sordo permaneció inmóvil: no hacia más que mirar de frente al estudiante.

—¿Por qué me miras con ese ojo melancólico? le dijo por fin el estudiante, mientras preparaba disimuladamente la ballesta.—Quasimodo, gritó, voy á hacerte mudar de apodo: de hoy en adelante te llamarán el ciego.

Salió el tiro, y la flecha, silbando, se clavó en el brazo izquierdo del jorobado. Quasimodo no se inmutó, como si la flecha se hubiera clavado en la estatua del rey Faramundo. Llevóse la mano á la saeta, la arrancó del brazo y, sin decir palabra, la rompió contra su rodilla; luego dejó caer los dos pedazos. Pero no dió tiempo á Juan para que disparara la segunda vez, porque despues de romper la flecha, resollando con furor, saltó y se precipitó con tal fuerza sobre el estudiante, que al choque que éste dió contra la pared se le abolló toda la armadura.

Entonces, en aquella penumbra, en la que flotaba la luz de las antorchas, se vió una escena horrible.

Así Quasimodo con la mano izquierda los brazos de Juan del Molino, el que ni siquiera hizo movimiento al verse perdido, y con la mano derecha le fué quitando una á una, con siniestra lentitud, todas las piezas de la armadura, la espada, los puñales, el casco, la coraza, los brazales. Quasimodo dejaba caer á sus piés pedazo á pedazo la cáscara de hierro del estudiante.

Cuando Juan se vió desarmado, débil y desnudo en las terribles garras de aquel mónstruo, no intentó hablar, ya que no le podía oír, pero se puso á reírse en sus barbas y á cantar con la in-

diferencia de sus diez y seis años la canción popular de aquella época:

*Bien vestida ha quedado
la ciudad de Cambray;
Marafin la ha robado...*

No acabó la estrofa, porque antes de que la terminase se había subido Quasimodo sobre la baranda de la galería, sosteniendo con una sola mano al estudiante por los pies, y le daba vueltas en el aire como si fuera una honda: luego se oyó el ruido de una armazón de huesos que se revienta contra una pared, y vióse caer un objeto que se detuvo á la tercera parte del camino en un punto saliente de la arquitectura; era un cuerpo muerto que quedó enganchado allí, doblado por la mitad, con los riñones destrozados y el cráneo vacío.

Los hampones lanzaron un grito de horror.

—Venganza! exclamó Clopin.—¡Saqueo! respondió la muchedumbre. ¡Al asalto! al asalto! Oyóse entonces un aullido prodigioso, en el que estaban mezclados todas las lenguas y todos los acentos. La muerte del estudiante produjo furibundo ardor entre aquella turba, avergonzada y colérica al verse contrastada tanto tiempo ante una iglesia y por un jorobado. La rabia encontró escalas, multiplicó las antorchas, y al cabo de algunos minutos vió Quasimodo, desesperado, que aquel espantoso hormiguero subía por todas partes al asalto de Nuestra Señora. Los que no tenían escaleras, tenían cuerdas con nudos; los que no tenían cuerdas, trepaban por los relieves de las esculturas, colgándose los unos de los harapos de los otros. No había medio de resistir á aquella marea continua de caras horribles; el furor hacia centellear aquellos feroces semblantes; de sus frentes terrosas gotaba el sudor, sus ojos chispeaban, y aquellos gestos, aquellas fealdades, embestían á Quasimodo. Parecía que otra iglesia hubiera enviado á asaltar á Nuestra Señora sus górgonas, sus culebras, sus tarascas, sus demonios y sus más fantásticas esculturas; parecían los hampones una capa de monstruos vivos sobre los monstruos de piedra de la fachada.

Entre tanto multitud de luces brillaban en la plaza; la tumultuosa escena, sepultada en la oscuridad hasta entonces, de repente se inundó de luz. Resplandecía el átrio y extendía sus reflejos hasta el cielo. La hoguera encendida en

la alta plataforma continuaba ardiendo é iluminaba á lo lejos la ciudad. La enorme silueta de las dos torres, extendida á gran distancia sobre los tejados de París, formaba, en medio de la claridad, extensa mancha de sombra. París parecía haberse conmovido. A lo lejos las campanas tocaban á rebato. Los hampones, jurando y dando gritos, continuaban subiendo por la fachada; y Quasimodo, impotente contra tantos enemigos, temblaba por la gitana, al ver que aquellos horribles rostros se acercaban más cada vez á la galería, y se retorcia los brazos de desesperación.

V.

El retiro donde reza las oraciones del día el rey
Luis XI de Francia.

Al vez recuerde el lector que cuando Quasimodo escudriñaba á París desde lo alto del campanario, momentos antes de divisar la tropa nocturna de los hampones, no vió en toda la capital más que una sola luz, que salía de un vidrio en el piso más elevado de un alto y sombrío edificio, al lado de la puerta de San Antonio. Aquel edificio era la Bastilla y aquella luz la vela de Luis XI.

El rey estaba efectivamente en París hacia ya dos días, y dentro de otros dos debía ponerse en camino para ir á la ciudadela de Montilz-les-Tours. Pocas veces estaba aquel monarca en su buena ciudad de París, porque en ella no veía alrededor de su persona bastantes trampas, patíbulos y arqueros escoceses.

Aquel día fué á pernoctar en la Bastilla. La gran cámara de cinco toesas cuadradas que tenía en el Louvre, su gran chimenea, cargada con doce colosales bestias y con trece grandes profetas, y su gran lecho, de once pies de largo y doce de ancho, le gustaban poco. Perdíase entre tanta grandeza, y aquel rey plebeyo prefería la Bastilla con un cuartucho y una cama pequeña. Además, la Bastilla era más fuerte que el Louvre.

Aquel cuartucho que el rey se había reservado en la famosa prision de Estado era, sin embargo, bastante espacioso y ocupaba el piso más alto de un torreón contiguo á la fortaleza. Era un recinto de forma redonda, entapizado de esteras de reluciente esparto; el techo estaba formado de vigas recamadas de flores de lis, de estaño dorado, con los huecos

de color, y tenía las paredes cubiertas de ricas maderas, sembradas de rosas de estaño blanco y pintadas de hermoso verdegay, hecho de oropimente y de glasto fino.

Solo había en esta estancia una ventana larga, ojiva, enrejada de alambre y de barras de hierro y cubierta con magníficos vidrios iluminados con las armas del rey y de la reina, que valían cada uno veintidos sueldos.

No tenía esa cámara tampoco más que una entrada, una puerta moderna, de arco abocinado, cubierta con un tapiz por dentro y por fuera con uno de aquellos pórticos de madera de Irlanda, frágiles edificios de ebanistería, primorosamente trabajados, que se veían aun hace ciento cincuenta años en muchas casas antiguas. "Aunque desfigurados é incomodan los sitios, dice desesperado Sanval, no quieren nuestros señores mayores deshacerse de ellos, y los conservan á despecho de todo el mundo."

No había en aquella estancia nada de lo que amueblaba entonces las habitaciones: ni bancos, ni tablados, ni sillones, ni banquetes comunes en forma de caja, ni soberbios escabeles sostenidos por pilares y contra-pilares. Solo se veía allí un magnífico sillón de tijera con brazos, cuya madera estaba pintada de rosas sobre fondo encarnado; el asiento era de cordobán carmesí, guarnecido de largos rapacejos de seda y salpicado de mil clavos de oro. La soledad del sillón indicaba que una sola persona tenía derecho á sentarse en esta cámara. Al lado de la poltrona, y cerca de la ventana, había una mesa cubierta con un tapiz bordado con figuras de pájaros; sobre la mesa descansaban: un tintero manchado de tinta, algunos pergaminos, varias plumas y una copa de plata cincelada. Un poco más lejos había un calentador y un reclinatorio forrado de terciopelo carmesí con bordados de oro. En el fondo se descubría una cama sencilla, de damasco encarnado y amarillo, sin relumbrones ni otros adornos y con flecos sencillos. Este lecho fué famoso, porque en él tuvo el célebre insomnio Luis XI; es el lecho que podía contemplarse aun hace doscientos años en casa de un consejero de Estado, y allí le vió madame Pilou, célebre en el Ciro bajo el nombre de *Arricydia*.

Tal era la estancia que se llamaba "El retiro donde reza las oraciones del día el señor rey Luis de Francia."

En el momento que introducimos en

él al lector estaba muy oscuro. La queda había sonado ya más de una hora; era de noche y solo había una vacilante vela de cera sobre la mesa para alumbrar á cinco personas diversamente agrupadas en la habitación.

El primero, en el que reflejaba la luz, era un señor ricamente vestido con jubon y ropilla escarlata listada de plata y con tabardo forrado de paño de oro con dibujos negros; este espléndido traje, en el que rielaba la luz, parecía ribeteado de llama por todos los pliegues. El hombre que le vestía llevaba al pecho sus armas bordadas con colores vivos; llevaba en la cintura una rica daga, cuya empuñadura, de plata sobredorada, estaba cincelada en forma de cimera y remataba en una corona de conde. Presentaba dicho personaje mala catadura, aire altanero y la cabeza erguida; al primer golpe de vista leíase en su rostro la arrogancia, al segundo la astucia.

Estaba descubierto y tenía en la mano un largo cartelón: hallábase en pié detrás del sillón de brazos, en el que se sentaba un personaje desaliñadamente vestido, con el cuerpo doblado sin gracia, poniendo una pierna sobre otra y el codo sobre la mesa. Figúrese el lector sobre el rico asiento de cordobán dos rótulas zambas, dos piernas flacas, pobremente vestidas de un tejido de aguja de lana negra, un tronco envuelto en un gabán de fustán, forrado de una piel que tenía menos pelo que cuero, y en fin, para coronar el conjunto, un sombrero viejo y mugriento del más infimo paño negro, ceñido de un cordón circular de figuritas de plomo. Añádase á esto un asqueroso solideo que apenas dejaba salir un cabello, y se podrá formar el lector la idea de la persona que estaba sentada. Tan encorvada tenía la cabeza sobre el pecho, que solo se descubría de su persona el extremo de la nariz, sobre la que caía un rayo de luz, y que demostraba ser muy larga. Al ver su enjuta y arrugada mano se adivinaba que era un anciano; era, en efecto, Luis XI.

A alguna distancia de dichos dos personajes hablaban en voz baja dos hombres vestidos á la moda flamenca, y que cualquiera que hubiese asistido á la representación del misterio de Gringoire hubiera conocido que eran los principales embajadores flamencos, Guillermo Rym, el sagaz pensionado de Gante, y Santiago Coppenole, el popular calce-tero. El lector recordará que estos dos

hombres estaban iniciados en la política secreta de Luis XI.

En el fondo de la estancia, junto á la puerta, estaba de pié, en la oscuridad, inmóvil como una estatua, un hombre vigoroso, de formidables miembros, con arreos militares y tabardo blasonado, cuya fisonomía cuadrada, ojos prominentes, frente pequeña, boca inmensa y orejas ocultas bajo dos melenas de pelo lacio, le daban á la vez el aspecto del perro y del tigre.

Todos estaban descubiertos, menos el rey. El personaje que estaba al lado de éste le leía una especie de lista de gastos que su majestad escuchaba con atención. Los dos flamencos cuchicheaban.

—Vive Dios! gruñía Coppenole, que estoy ya cansado de estar en pié; ¿no hay una silla por ahí?

Rym le respondió con un gesto negativo, acompañado de discreta sonrisa.

—Sabed, pues, prosiguió diciendo maese Santiago, fastidiado de tener que bajar tanto la voz, que me dan ganas de sentarme en el suelo, con las piernas cruzadas, como lo hago en mi tienda de calcetero.

—Guardaos bien de eso! le contestó Rym.

—¿Conque aquí solo se puede estar de pié, maese Guillermo?

—O de rodillas, le contestó el pensionado de Gante.

Oyóse en aquel momento la voz del rey: callaron los flamencos.

—¡Cincuenta sueldos los vestidos de nuestra servidumbre y doce libras las capas de los clérigos de nuestra corona! Eso es! derramad el oro á puñados! ¡Estais loco, Olivier?

Al hablar de ese modo, el viejo levantó la cabeza y se vió que relucían en su cuello las conchas de oro del collar de San Miguel. La luz iluminaba de lleno su perfil descarnado y lánguido. Tomó el rey las cuentas que el otro tenía en las manos.

—Nos arruináis! exclamó, recorriendo el mamotreto con sus hundidos ojos. Para qué sirve todo esto? ¿Qué necesidad tenemos de tanta servidumbre? ¡Dos capellanes, á razon de dos libras al mes cada uno, y un clérigo de capilla, á cien sueldos! Un ayuda de cámara á noventa libras por año. Cuatro marmitones á ciento veinte libras por año cada uno. Un macero, un jardinero, un cocinero, un copero, un sumiller de armas, dos mozos de acémilas, á razon de diez libras al mes cada uno. Dos pinches de

cocina á ocho libras. Un palafrenero y sus dos mozos á veinticuatro libras por mes. Un mozo de escalera, un repostero, un panadero, dos carreteros, cada uno á sesenta libras por año. El albeítar-herbero con ciento veinte libras, y el tesorero con mil doscientas, y el contralor con quinientas... Esto es un horror!... ¡Los gajes de nuestros criados devoran la Francia! ¡Tal fuego de gastos derretiría todas las joyas del Louvre! ¡Tendremos que vender nuestras vajillas! Y el año que viene, si Dios y Nuestra Señora (al llegar aquí se quitó el sombrero) nos conceden vida, tendremos que beber nuestras tisanas en un cacharro de estaño.

Esto diciendo, echó una mirada á la copa de plata que estaba encima de la mesa; tosió y luego continuó hablando:

—Maese Olivier, los príncipes que reinan en grandes Estados, los reyes y los emperadores no deben dar cabida en sus palacios á la suntuosidad, porque desde ellos se extiende este fuego hasta las provincias. Así, maese Olivier, tened en cuenta lo que os voy á decir: nuestros gastos aumentan todos los años y esto no nos acomoda. Hasta el año 73 el gasto no ha pasado de treinta y seis mil libras y en el año 80 ha llegado á cuarenta y tres mil seiscientos ochenta libras, y este año, segun voy viendo, llegará á ochenta mil... ¡En cuatro años doblar el gasto! Eso es una monstruosidad!

El rey se detuvo falto de aliento al llegar aquí, y despues de una pausa, continuó hablando enfurecido:

—¡No veo alrededor de mí más que hombres que engordan con mi flacura! ¡Por todos los poros me chupan el dinero!

Todos callaron; era esa cólera del rey de las que es preciso dejar pasar.

El rey continuó:

—¿Pues y ese memorial en latin de los señoríos de Francia para que restablezcamos lo que ellos llaman las grandes cargas de la corona? ¡Cargas son y cargas que devengan! Ah, señores! ¡decís que no soy rey para reinar *dapifero nullo, buticulario nullo!* Pascua de Dios! ¡Ya os haremos ver que somos un verdadero rey!

Luis XI se sonrió conociendo su poderío, y este sentimiento mitigó en parte su malhumor; luego, volviéndose hácia los flamencos, les dijo:

—Habeis de saber, compadre Guillermo, que el gran panadero, el gran repostero, el mayordomo mayor y el gran se-

nescal no valen tanto como el peor criado.—No olvideis esto, compadre Coppenole.—De nada sirven. Al verlos parados á mi alrededor se me figuran los cuatro Evangelistas que rodean la esfera del gran reloj de palacio, que Felipe Brille acaba de restaurar: son dorados, pero no señalan la hora y para nada se necesitan.

Quedó un momento pensativo y añadió meneando la cabeza:

—Pero como yo no soy Felipe Brille, yo no doraré otra vez á los grandes vasallos.—Prosigue, Olivier.

El personaje que el rey designaba con este nombre continuó la lectura en alta voz:

—“A Adam Tenon, guardasellos del Prebostazgo de Paris, por la plata, hechuras y grabados de dichos sellos, hechos de nuevo para reemplazar á los anteriores, que ya no servían por usados y viejos, doce libras parisíes.

—“A Guillermo Frere la suma de cuatro libras y cuatro sueldos parisíes, por su trabajo y por los gastos de haber alimentado las palomas de los dos palomares del palacio de las Tournelles durante los meses de Enero, de Febrero y de Marzo de este año, habiendo consumido siete sextercios de cebada.

—“A un capuchino, por haber confesado á un criminal, cuatro sueldos parisíes.”

El rey escuchaba sin decir una palabra. De vez en cuando tosió, y entonces llevaba la copa á los labios y haciendo un gesto bebía un sorbo.

—“Este año se han hecho por disposición de la justicia, á són de trompa, por las calles de Paris, cincuenta y seis pregones.”—Están por ajustar.

—“Por haber cavado y socavado en ciertos sitios, tanto en Paris como en otros puntos, para buscar dinero que se decia estar enterrado en ellos, pero que no se ha podido encontrar, cuarenta y cinco libras parisíes.”

—¡Eso es enterrar un escudo para desenterrar un sueldo! exclamó el rey.

—“Por haber puesto en el palacio de las Tournelles seis cuarterones de vidrio blanco en el sitio donde está la jaula de hierro, trece sueldos.—Por haber hecho y entregado de orden del rey, el día de los monstruos, cuatro escudos con las armas del dicho señor, rodeados de guirnaldas de rosas, seis libras.—Por poner dos mangas nuevas al jubon en la ropilla vieja del rey, veinte sueldos.—Por una caja de unto para sacar lustre á las

botas del rey, quince dineros.—Por una pocilga nueva para alojar á los puercos negros del rey, treinta libras parisíes.—Por los tabiques, planchas y trampas, contruidos para encerrar los leones en las inmediaciones de San Pablo, veintidos libras.”

—Caros animales, dijo Luis XI, pero no importa; esa magnificencia es digna de un rey. Hay entre ellos un leon rojo que me encanta. ¿Le habeis visto, maese Guillermo? Los príncipes deben poseer esas admirables fieras; para nosotros los reyes, los perros deber ser leones y los gatos tigres. Todo lo grande sienta bien á las testas coronadas. En la época de los paganos de Júpiter, cuando el pueblo ofrecía á los templos cien bueyes y cien ovejas, los emperadores daban cien leones y cien águilas. Esto era feroz y hermoso. Los reyes de Francia han tenido siempre rugidos de esa clase alrededor del trono: sin embargo, todos me harán la justicia de confesar que en esto gasto menos que mis antepasados, y que soy más modesto en cuanto al número de leones, de osos, de elefantes y de leopardos.—Adelante, maese Olivier. Queríamos decir esto á nuestros amigos los flamencos.

Guillermo Rym se inclinó profundamente, mientras que el aburrido Coppenole parecia uno de aquellos osos de que hablaba su majestad; pero no lo advirtió el rey, que estaba mojando los labios en la copa y escupía el brevahe, diciendo:

—Puf! Qué tisana tan repugnante!

El que leía prosiguió:

—“Por el alimento de un pícaro villano, encerrado hace seis meses en el cuarto del desolladero, mientras se decide qué se ha de hacer de él, seis libras cuatro sueldos.”

—Qué es eso? exclamó el rey; ¿dar alimento al que se vá á ahorcar? ¡Pascua de Dios! No daré ni un sueldo más para su manutencion. Entendeos sobre el particular, maese Olivier, con el señor de Estonteville, y desde esta noche arreglad los preparativos de las bodas de ese galan con la horca. Proseguid.

Olivier hizo una señal con la uña en el artículo del pícaro villano y pasó adelante.

—“A Enrique Cousin, ejecutor de la justicia de Paris, la suma de sesenta sueldos parisíes, por orden y tasacion de monseñor el preboste de Paris, por haber comprado una espada grande y cortante para decapitar á las personas condenadas á ello por sus delitos; por su vaina

con todos los enseres correspondientes, y por haber hecho limpiar y afilar la espada vieja, que se melló y enmohecó ejecutando al caballero Luis de Luxemburgo, como más extensamente puede verse...”

El rey interrumpió la lectura, diciendo:

—Basta! Decreto la suma con todo mi corazón. Esos son gastos en los que no reparo y no he sentido nunca el dinero que cuestan. Adelante.

—“Por haber construido una gran jaula nueva...”

—Ah! exclamó el rey, apoyando las dos manos en los brazos del sillón; ya decía yo que por algo he venido á la Bastilla. Esperad, maese Olivier; quiero ver la jaula yo mismo. Me leereis su coste mientras que la examino.—Señores flamencos, venid á ver esto, que es curioso.

Entonces se levantó, se apoyó en el brazo de su interlocutor, hizo señal al personaje mudo que permanecía en pie delante de la puerta para que les precediese y á los dos flamencos para que le siguiesen y salió de la estancia.

Al salir se incorporaron á la real comitiva hombres de armas, cubiertos de hierro, y pajes con luces. Caminaron algún tiempo por el interior del sombrío torreón, que estaba atravesado de escaleras y de corredores hasta en el grueso de las murallas. El capitán de la Bastilla marchaba delante haciendo abrir los postigos por donde iba pasando el anciano rey, enfermo y encorvado, que tosió mientras andaba.

A cada puerta que pasaban tenían que agachar todos la cabeza, excepto el decrepito soberano.

—Hum! decía entre encías, porque carecía ya de dientes; muy cerca nos hallamos de la puerta del sepulcro; á puerta baja, hombre encorvado.

Después de llegar á la última puerta, tan cargada de cerraduras que costó un cuarto de hora de abrir, entraron en una vasta y alta sala ojival, en cuyo centro se veía á la luz de las antorchas un inmenso cubo macizo de albañilería, de hierro y de madera. El interior estaba hueco. Era una de las famosas jaulas para los prisioneros de Estado, que se llamaban *las hijitas del rey*. Había en sus paredes dos ó tres ventanillas, tan cubiertas de alambre y de barrotes de hierro, que no se veían los vidrios. La puerta era una gran losa de piedra como la de los sepulcros; una de aquellas puertas que solo

servían para entrar. Solo que allí el muerto era un vivo.

El rey se puso á andar con lentitud alrededor del pequeño edificio, examinándolo minuciosamente, mientras Olivier, que le seguía, leía la cuenta en alta voz:

—“Por la construcción de una gran jaula de madera, con vigas gruesas, tablones y listones, que mide nueve pies de largo sobre ocho de ancho y siete de altura, pulimentada y claveteada con gruesos clavos de hierro, cuya jaula se ha colocado en la estancia de una de las torres de la Bastilla de San Antonio; en la que se encerró, por orden del rey nuestro señor, un prisionero que habitaba antes en otra jaula vieja y deteriorada.—Se han empleado en la construcción de la susodicha noventa y seis vigas horizontales y cincuenta y dos verticales, diez listones de tres toesas de longitud, y se han ocupado diez y nueve carpinteros en serrar, trabajar y pulimentar toda la expresada madera en el patio de la Bastilla durante veinte días...”

—Es de buenos corazones de encinas, dijo el rey probando la madera con los nudillos.

—“...Han entrado en esta jaula, prosiguió Olivier, doscientas veinte barras de hierro de nueve y de ocho pies, la mayoría de mediana longitud, con las tuercas, tornillos y garfios correspondientes á las expresadas barras: pesa el susodicho hierro tres mil setecientas treinta y cinco libras, sin contar los gruesos ganchos de hierro para atar la dicha jaula, ni las abrazaderas y clavos; todo lo cual pesa doscientas diez y ocho libras de hierro, sin contar el de los enrejados de las ventanas de la habitación donde se ha colocado la jaula, las barras de la puerta y otras cosas...”

—¡Mucho hierro es ese para contener la ligereza de un espíritu! dijo el rey.

—“El total importa trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros...”

—Pascua de Dios! exclamó el rey.

Este juramento, que era la exclamación favorita de Luis XI, despertó sin duda á alguien en el interior de la jaula; oyóse ruido de cadenas arrastradas sobre madera y una voz que parecía salir de la tumba, que decía:

—Señor, perdón, perdón!

No podía verse al que así hablaba.

—¡Trescientas diez y siete libras, cinco sueldos y siete dineros! repitió Luis XI.

La voz lastimera que acababa de salir

de la jaula heló á todos los presentes, hasta al mismo maese Olivier; solo el rey aparentaba no haberla oído. Por orden suya continuó Olivier la lectura y prosiguió sereno su majestad inspeccionando la jaula.

—“Además, al albañil que hizo los agujeros para poner las rejas de las ventanas y el pavimento de la estancia donde está la jaula se le han pagado veintisiete libras y catorce sueldos parisíes...”

La voz volvió á gemir:

—Perdon! Perdon! ¡Os juro que fué el cardenal de Angers quien os hizo traición; yo no fui!

—Caro me parece el albañil, dijo el rey. Proseguid.

—“A un carpintero, por ventanas, camas y otras cosas necesarias, veinte libras y dos sueldos parisíes...”

La voz continuó:

—¡Escuchadme, señor, por el amor de Dios! ¡Os protesto que no fui yo el que escribió á monseñor de Guyene, sino que fué el cardenal Balne!

—El carpintero también es caro, contestó el rey. Está ya todo?

—Hay más aun.—“A un vidriero, por los vidrios de la susodicha estancia, cuarenta y seis sueldos y ocho dineros parisíes...”

—Perdonadme, señor! exclamaba el prisionero. ¿No es bastante castigo haber dado mis bienes á mis jueces, mi vajilla al señor de Torcy, mi librería á maese Pedro Doriolle y mis tapicerías al gobernador del Rosellon? Soy inocente y hace catorce años que tiritó de frío en una jaula de hierro. Perdonadme, señor! El cielo os lo recompensará!

—Veamos el total, dijo el rey.

—Trescientas sesenta y siete libras, ocho sueldos y tres dineros parisíes.

—Virgen Santa! exclamó Luis XI. ¡Es una jaula carísima!

Arrancó la cuenta de la mano de maese Olivier y se puso á ajustarla con los dedos, examinando, ya el papel, ya la jaula.

Entre tanto sollozaba el prisionero. Esta escena en la oscuridad era lúgubre y todos se miraban unos á otros palideciendo.

—Catorce años, señor! Desde el mes de Abril de 1469. ¡En nombre de la Santa Madre de Dios, escuchadme! Durante todo ese tiempo vos habeis gozado del calor del sol, y yo, desdichado, ya no le volveré á ver. ¡Perdon, señor, sed misericordioso! La clemencia es la mejor

virtud de los reyes. ¿Cree vuestra majestad que á la hora de la muerte servirá de satisfacción á un rey el no haber dejado impune ninguna ofensa? Además, señor, yo no he hecho traición á vuestra majestad: el traidor fué el cardenal de Angers, y yo arrastro una pesada cadena con una gruesa bola de hierro al extremo, extraordinariamente pesada. ¡Ah, señor! Tened piedad de mí!

—Olivier, dijo el rey meneando la cabeza, observo que me ponen la carga de yeso á veinte sueldos, y sé que solo cuesta doce. Reformad esta cuenta.

Volvió las espaldas á la jaula y echó á andar para salir de la estancia; el infeliz prisionero, al alejarse las luces y el ruido, conoció que el rey se marchaba.

—Señor! Señor! gritó con el acento de la desesperación.—Pero volvió á cerrarse la puerta de aquella estancia y ya no vió ni oyó más que la ronca voz del carcelero, que cantaba cerca de él esta canción, entonces popular:

*De Balu se cuenta
que perdió la cuenta
de sus obispados.
Verdum, porque pene,
hoy ninguno tiene;
ya están despachados.*

El rey volvía á subir en silencio á su retiro, seguido de la comitiva, á la que aterraron los últimos gemidos del prisionero, cuando se volvió de pronto hacia el gobernador de la Bastilla y le dijo:

—A propósito, ¿había alguno en la jaula nueva?

—Pardiez, señor! respondió el gobernador, asombrado de tal pregunta.

—Quién es?

—El señor obispo de Verdum.

El rey lo sabía mejor que nadie, pero esta era una de sus manías.

—Ah! exclamó, aparentando que entonces pensaba en esto por primera vez; Guillermo de Harancourt, el amigo del señor cardenal Balne. ¡Un diablo de obispo!

Pocos instantes después la puerta del retiro volvió á abrirse y á cerrarse detrás de los cinco personajes que el lector vió reunidos al principio de este capítulo, y que volvieron á ocupar sus sitios, á seguir sus conversaciones á media voz y á tomar las actitudes de antes.

Durante la ausencia del rey habían depositado sobre la mesa algunos despachos cerrados, cuyos sellos él mismo rompió. Después los leyó con rapidez uno tras otro; hizo una señal á maese